

Dirección de Fomento a la Lectura

Letras del Centenario

Q W E R T Y U I O P
A S D F G H J K L
Z X C V B N M , . ; ' /

Mtro. Adolfo Pontigo Loyola
RECTOR

Dr. Saúl Agustín Sosa Castelán
SECRETARIO GENERAL

Lic. Marco Antonio Alfaro Morales
COORDINADOR DE LA DIVISIÓN DE EXTENSIÓN DE LA
CULTURA

Dra. Rosa María Valles Ruiz
DIRECTORA DE FOMENTO A LA LECTURA

Dra. Rosa María Valles Ruiz
Dra. Azul Kikey Castelli Olvera
COMPILADORAS

Mitzi Andrea Sánchez Vázquez
Ana Daniela Silva González
Allison Yaret López Toledano
Jesús Reybel Báez Fuentes
COLABORADORES

Mariel Romero Resendiz
DISEÑO EDITORIAL

Mariel Romero Resendiz
DISEÑO DE PORTADA



CONTENIDO

Mario Benedetti

Biografía

5

ÉSTA ES MI CASA

7

TODAVÍA

8

CUESTIONARIO

9

ESA BOCA

10

CUESTIONARIO

12

TE QUIERO

13

CUANDO ÉRAMOS NIÑOS

14

CUESTIONARIO

15

Benito Perez Galdos

Biografía

17

MARIANELA

18

CUESTIONARIO

20

ROMPECABEZAS

21

CUESTIONARIO

22

EL DON JUAN

23

CUESTIONARIO

24

Ray Bradbury

Biografía

26

EL DRAGÓN

27

CUESTIONARIO

31

LA MAÑANA VERDE

32

CUESTIONARIO

37

CUENTO DE NAVIDAD

38

CUESTIONARIO

41

Mario Gianluigi Puzo

Biografía

43

LOS TONTOS MUEREN

44

CUESTIONARIO

48

OMERTÁ

49

CUESTIONARIO

53

Referencias

54

Mario Benedetti



Biografía

Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia nació en Paso de los Toros (Tacuarembó, Uruguay) el 14 de septiembre de 1920. Vivió en El Paso de los Toros, Tacuarembó y Montevideo, donde comenzó sus estudios primarios que luego abandonaría a causa de las dificultades económicas familiares. Desde los catorce años Mario Benedetti trabajó en múltiples oficios, hasta 1945, año en que fundó el seminario “Marcha”. En 1946 se casó con Luz López Alegre, y siguió colaborando con numerosas publicaciones.

Comenzó a involucrarse con la política uniéndose a la coalición de izquierdas de su país “Frente Amplio”, y fundó en 1971 el Movimiento de Independientes 26 de marzo.

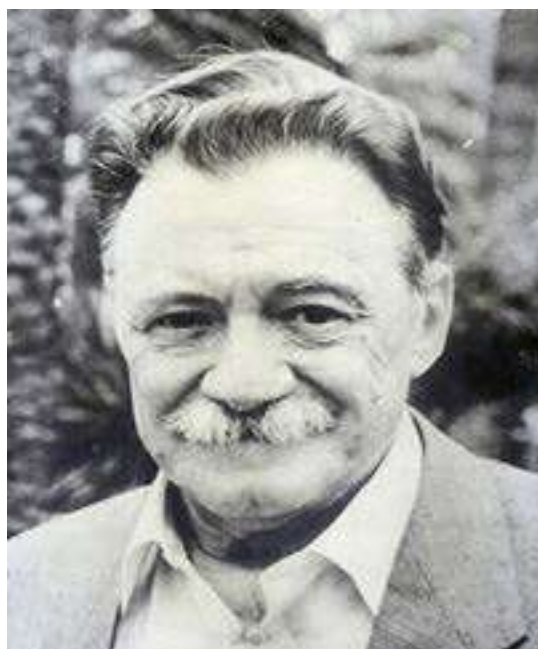
Fue nombrado director del Departamento de Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República de Montevideo, puesto al que se vio obligado a renunciar tras el golpe de estado del 27 de junio de 1973. Fue su compromiso político lo que lo llevó al exilio a Buenos Aires y finalmente a España, donde vivió hasta 1983, fecha en que volvió a su tierra natal.

El escritor fue una de las figuras más relevantes de la literatura uruguaya de la segunda mitad del siglo XX y uno de los grandes nombres del Boom de la literatura hispanoamericana.

Incursionó en el periodismo y además es autor de cuentos, novelas y poemas, entre los que sobresalen “El cumpleaños de Juan Ángel”, “La tregua”, “Gracias por el fuego”, “El escritor latinoamericano y la revolución posible” y “Montevideanos”.

En 2001, Benedetti fue investido doctor honoris causa por la Universidad de la República del Uruguay; durante la ceremonia de investidura recibió un calurosísimo homenaje de sus compatriotas. En 2005 fue galardonado con el Premio Internacional Menéndez Pelayo. Sus últimos trabajos fueron los poemarios Canciones del que no canta (2006) y Testigo de uno mismo (2008), el ensayo Vivir adrede (2007) y el drama El viaje de salida (2008).

Mario Benedetti murió el 17 de mayo del año 2009 en su casa de Montevideo a los 88 años de edad; el gobierno uruguayo decretó duelo nacional y dispuso que su velatorio se realizara con honores patrios en el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo de su natal Uruguay.¹ ❖



1 Fundación Mario Benedetti, Mario Benedetti, (En línea) <http://fundacionmariobenedetti.uy/mariobenedettibio/>. Fecha de última actualización, 15 de marzo de 2020, fecha de consulta, 15 de marzo de 2020; Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Mario Benedetti, (En línea) http://www.cervantesvirtual.com/portales/mario_benedetti/autor_apunte/ Fecha de última actualización, 16 de marzo de 2020, fecha de consulta, 16 de marzo de 2020.

ÉSTA ES MI CASA



No cabe duda. Ésta es mi casa
 aquí sucedo, aquí
 me engaño inmensamente.
 Ésta es mi casa detenida en el tiempo.
 Llega el otoño y me defiende,
 la primavera y me condena.
 Tengo millones de huéspedes
 que ríen y comen,
 copulan y duermen,
 juegan y piensan,
 millones de huéspedes que se aburren
 y tienen pesadillas y ataques de nervios.
 No cabe duda. Ésta es mi casa.
 Todos los perros y campanarios
 pasan frente a ella.
 Pero a mi casa la azotan los rayos
 y un día se va a partir en dos.
 Y yo no sabré dónde guarecerme
 porque todas las puertas dan afuera del
 mundo.² ❖

² Mario Benedetti. Esta es mi casa. (En línea) <https://www.zendalibros.com/los-mejores-poemas-mario-benedetti/>. Fecha de última actualización, 2 de mayo de 2018, fecha de consulta, 3 de marzo de 2020.

TODAVÍA



No lo creo todavía
estás llegando a mi lado
y la noche es un puñado
de estrellas y de alegría.

Palpo gusto escucho y veo
tu rostro tu paso largo
tus manos y sin embargo
todavía no lo creo.

Tu regreso tiene tanto
que ver contigo y conmigo
que por cábala lo digo
y por las dudas lo canto.

Nadie nunca te reemplaza
y las cosas más triviales
se vuelven fundamentales
porque estás llegando a casa.

Sin embargo todavía
dudo de esta buena suerte
porque el cielo de tenerte
me parece fantasía.

Pero venís y es seguro
y venís con tu mirada
y por eso tu llegada
hace mágico el futuro

Y aunque no siempre he entendido
mis culpas y mis fracasos
en cambio sé que en tus brazos
el mundo tiene sentido.

Y si beso la osadía
y el misterio de tus labios
no habrá dudas ni resabios
te querré más todavía.³ ❖

³ Mario Bedenetti, Poemas de otros 1973-1974, México, Suma de Letras. 2002.

CUESTIONARIO

ESTA ES MI CASA

1. ¿A qué consideras que Mario se refiere cuando dice “mi casa”?
2. ¿Con qué ámbitos de la vida cotidiana relacionas cada uno de los elementos que menciona en el poema?

TODAVÍA

3. ¿Qué intención presenta la palabra “todavía” en los diferentes versos del poema?
4. ¿Consideras que el poema debe llevar signos de puntuación? ¿Dónde los colocarías?
5. Idea una historia que pudo dar origen a ambos poemas.
6. ¿Dentro del texto, hay alguna palabra que desconozcas?

ESA BOCA



(Montevideanos, 1959)

Su entusiasmo por el circo se venía arrastrando desde tiempo atrás. Dos meses, quizá. Pero cuando siete años son toda la vida y aún se ve el mundo de los mayores como una muchedumbre a través de un vidrio esmerilado, entonces dos meses representan un largo, insondable proceso. Sus hermanos mayores habían ido dos o tres veces e imitaban minuciosamente las graciosas desgracias de los payasos y las contorsiones y equilibrios de los forzudos. También los compañeros de la escuela lo habían visto y se reían con grandes aspavientos al recordar este golpe o aquella pirueta. Sólo que Carlos no sabía que eran exageraciones destinadas a él, a él que no iba al circo porque el padre entendía que era muy impresionable y podía conmoverse demasiado ante el riesgo inútil que corrían los trapevistas. Sin embargo, Carlos sentía algo parecido a un dolor en el pecho siempre que pensaba en los payasos. Cada día se le iba siendo más difícil soportar su curiosidad.

Entonces preparó la frase y en el momento oportuno se la dijo al padre: «¿No habría forma de que yo pudiese ir alguna vez al circo?» A los siete años, toda frase larga resulta simpática y el padre se vio obligado primero a sonreír, luego a explicarse: «No quiero que veas a los trapevistas.» En cuanto oyó esto, Carlos se sintió verdaderamente a salvo, porque él no tenía interés en los trapevistas. «¿Y si me fuera cuando empieza ese número?» «Bueno», contestó el padre, «así, sí».

La madre compró dos entradas y lo llevó el sábado de noche. Apareció una mujer de malla roja que hacía equilibrio sobre un caballo blanco. Él esperaba a los payasos. Aplaudieron. Después salieron unos monos que andaban en bicicleta, pero él esperaba a los payasos.

Otra vez aplaudieron y apareció un malabarista. Carlos miraba con los ojos muy abiertos, pero de pronto se encontró bostezando. Aplaudieron de nuevo y salieron -ahora sí- los payasos.

Su interés llegó a la máxima tensión. Eran cuatro, dos de ellos enanos. Uno de los grandes hizo una cabriola, de aquellas que imitaba su hermano mayor. Un enano se le metió entre las piernas y el payaso grande le pegó sonoramente en el trasero. Casi todos los espectadores se reían y algunos muchachitos empezaban a festejar el chiste mímico antes aún de que el payaso emprendiera su gesto. Los dos enanos se trenzaron en la milésima versión de una pelea absurda, mientras el menos cómico de los otros dos los alentaba para que se pegasen. Entonces el segundo payaso grande, que era sin lugar a duda el más cómico, se acercó a la baranda que limitaba la pista, y Carlos lo vio junto a él, tan cerca que pudo distinguir la boca cansada del hombre bajo la risa pintada y fija del payaso. Por un instante el pobre diablo vio aquella carita asombrada y le sonrió, de modo imperceptible, con sus labios verdaderos. Pero los otros tres habían concluido y el payaso más cómico se unió a los demás en los porrazos y saltos finales, y todos aplaudieron, aun la madre de Carlos.

Y como después venían los trapeceistas, de acuerdo con lo convenido, la madre lo tomó de un brazo y salieron a la calle. Ahora sí había visto el circo, como sus hermanos y los compañeros del colegio. Sentía el pecho vacío y no le importaba qué iba a decir mañana. Serían las once de la noche, pero la madre sospechaba algo y lo introdujo en la zona de luz de una vidriera. Le pasó despacio, como si no lo creyera, una mano por los ojos, y después le preguntó si estaba llorando. Él no dijo nada. «¿Es por los trapeceistas? ¿Tenías ganas de verlos?»

Ya era demasiado. A él no le interesaban los trapeceistas. Sólo para destruir el malentendido, explicó que lloraba porque los payasos no le hacían reír.⁴ ❖

4 Mario Benedetti, *Montevideanos*, Montevideo, Arca Ed, 1986

CUESTIONARIO

1. ¿Qué tan certero consideras el título de la obra?, ¿Lo cambiarías?, si no es así, ¿Qué relación encuentras entre ambos?
2. ¿Cómo imaginas la vida del payaso que sonrió a Carlos?
3. Traslada la situación cumbre del cuento a una situación en la vida cotidiana.
4. ¿Cuál consideras que fue la razón por la que Carlos lloraba?
5. ¿Qué significado le darías al papel del payaso en la obra?
6. ¿Dentro del texto, hay alguna palabra que desconozcas?

TE QUIERO



Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia.
Si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

Tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada
te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro.

Tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía.

Si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

Y por tu rostro sincero
y tu paso vagabundo
y tu llanto por el mundo
porque sos pueblo te quiero.

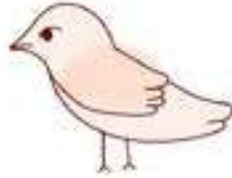
Y porque amor no es aureola
ni cándida moraleja
y porque somos pareja
que sabe que no está sola.

Te quiero en mi paraíso
es decir que en mi país
la gente viva feliz
aunque no tenga permiso.

Si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.⁵ ❖

⁵ Mario Benedetti, *Poemas de otros*, Op. cit.

CUANDO ÉRAMOS NIÑOS



Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía.

Luego cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era un océano
la muerte solamente
una palabra

Ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en los
cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros.

Ahora veteranos
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra.⁶ ❖

⁶ Mario Benedetti y Pedro Orgambide, *Antología poética*. Madrid, Alianza Editorial, 2011.

CUESTIONARIO

TE QUIERO

1. Convierte el poema en una ilustración, historia o cuento.
2. ¿Qué valores se hacen presentes a lo largo del poema?
3. ¿Cómo imaginas que es la persona a la que le escribieron el poema?

CUANDO ÉRAMOS NIÑOS

4. ¿Qué papel toma el tiempo a lo largo del poema?
5. ¿Cómo percibías la vida cuando eras niño?
6. ¿A qué crees que el autor se refiere con las diferentes comparativas acerca del océano?
7. ¿Dentro del texto, hay alguna palabra que desconozcas?

Benito Perez Galdos



Biografía

(10 de mayo de 1843- 04 de enero de 1920)

Máximo representante de la novela realista del siglo XIX, nominado al premio nobel en 1912. Nació en Las Palmas de Gran Canaria, aunque de familia de origen vasco, se le considera una de las más grandes figuras de la novela española.

Fue académico de la Real Academia Española, diputado republicano, escritor, dramaturgo, su tipo de formación, así como sus distintas fases, hacen en conjunto que cada obra literaria haya sido influenciada por el momento y lugar en el que se encontraba, esta formación sustentada por la curiosidad y la observación, logran un estilo personal narrativo, capaz de identificarse en cualquiera de sus obras. Algunas de sus obras son: *La fontana de oro*, (1870) *Doña Perfecta* (1876) *Nazarín* (1895) *Marianela* (1878).⁷ ❖



⁷ Librerías Gandhi, Benito Pérez Galdós, (En línea) <http://mascultura.mx/benito-perez-galdos-vida/>. Fecha de última actualización, 2018, fecha de consulta, 23 de febrero de 2020.

MARIANELA



Se puso el sol. Tras el breve crepúsculo vino tranquila y oscura la noche, en cuyo negro seno murieron poco a poco los últimos rumores de la tierra soñolienta, y el viajero siguió adelante en su camino, apresurando su paso a medida que avanzaba la noche. Iba por angosta vereda, de esas que sobre el césped traza el constante pisar de hombres y brutos, y subía sin cansancio por un cerro en cuyas vertientes se alzaban pintorescos grupos de guinderos, hayas y robles. (Ya se ve que estamos en el Norte de España.)

Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y (dígase de una vez, aunque sea prematuro) excelente persona por doquiera que se le mirara. Vestía el traje propio de los señores acomodados que viajan en verano, con el redondo sombrerete, que debe a su fealdad el nombre de hongo, gemelos de campo pendientes de una correa, y grueso bastón que, entre paso y paso, le servía para apalear las zarzas cuando extendían sus ramas llenas de afiladas uñas para atraparle la ropa.

Detúvose, y mirando a todo el círculo del horizonte, parecía impaciente y desasosegado. Sin duda no tenía gran confianza en la exactitud de su itinerario y aguardaba el paso de algún aldeano que le diese buenos informes topográficos para llegar pronto y derechamente a su destino.

No puedo equivocarme -murmuró-. Me dijeron que atravesara el río por la pasadera... así lo hice. Después que marchara adelante, siempre adelante. En efecto, allá, detrás de mí queda esa apreciable villa, a quien yo llamaría Villa fangosa por el buen surtido de lodos que hay en sus calles y caminos... De modo que por aquí, adelante, siempre adelante...

(me gusta esta frase, y si yo tuviera escudo no le pondría otra divisa) he de llegar a las famosas minas de Socartes.

Después de andar largo trecho, añadió:

-Me he perdido, no hay duda de que me he perdido... Aquí tienes, Teodoro Golfín, el resultado de tu adelante, siempre adelante. Estos palurdos no conocen el valor de las palabras. O han querido burlarse de ti, o ellos mismos ignoran dónde están las minas de Socartes. Un gran establecimiento minero ha de anunciarse con edificios, chimeneas, ruido de arrastres, resoplido de hornos, relincho de caballos, trepidación de máquinas, y yo no veo, ni huelo, ni oigo nada... Parece que estoy en un desierto... ¡qué soledad! Si yo creyera en brujas, pensaría que mi destino me proporcionaba esta noche el honor de ser presentado a ellas... ¡Demonio!, ¿pero no hay gente en estos lugares?... Aún falta media hora para la salida de la luna. ¡Ah!, bribona, tú tienes la culpa de mi extravío... Si al menos pudiera conocer el sitio donde me encuentro... ¿Pero, qué más da? (Al decir esto, hizo un gesto propio del hombre esforzado que desprecia los peligros). Golfín, tú que has dado la vuelta al mundo, ¿te acobardarás ahora?... ¡Ah!, los aldeanos tenían razón: adelante siempre adelante. La ley universal de la locomoción no puede fallar en este momento.⁸ ❖

⁸Benito Pérez Galdós, *Marianela*, México, Ediciones leyenda, 1999.

CUESTIONARIO

1. ¿Según la lectura cuál es el nombre del personaje principal?
2. ¿Qué buscaba el personaje principal según la lectura?
3. ¿Qué frase le gustó al personaje, y qué crees que signifique?
4. Resume el texto en 4 oraciones
5. ¿Qué palabras son nuevas para ti? ¿Cuál crees que sea su significado?

ROMPECABEZAS



Ayer, como quien dice, el año Tal de la Era Cristiana, correspondiente al Cuál, o si se quiere, al tres mil y pico de la cronología egipcia, sucedió lo que voy a referir, historia familiar que nos transmite un papiro redactado en lindísimos monigotes. Es la tal historia o sucedido de notoria insignificancia, si el lector no sabe pasar de las exterioridades del texto gráfico; pero restregándose en éste los ojos por espacio de un par de siglos, no es difícil descubrir el meollo que contiene.

Pues señor... digo que aquel día o aquella tarde, o pongamos noche, iban por los llanos de Egipto, en la región que llaman Djebel Ezzrit (seamos eruditos), tres personas y un borriquillo. Servía éste de cabalgadura a una hermosa joven que llevaba un niño en brazos a pie, junto a ella, caminaba un anciano grave, empuñando un palo, que así le servía para fustigar al rucio como para sostener su paso fatigoso. Pronto se les conocía que eran fugitivos, que buscaban en aquellas tierras refugio contra perseguidores de otro país, pues sin detenerse más que lo preciso para reparar las fuerzas, escogían para sus descansos lugares escondidos, huecos de peñas solitarias, o bien matorros espesos, más frecuentados de fieras que de hombres.

Imposible reproducir aquí la intensidad poética con que la escritura muñequil describe o más bien pinta la hermosura de la madre. No podréis apreciarla y comprenderla imaginando substancia de azucenas, que tostada y dorada por el sol conserva su ideal pureza. Del precioso nene, sólo puede decirse que era divino humanamente, y que sus ojos compendaban todo el universo, como si ellos fueran la convergencia misteriosa de cielo y tierra.⁹ ❖

⁹Benito Pérez Galdós, *Rompecabezas*, España, Fundación Biblioteca Miguel de Cervantes, 2010.

CUESTIONARIO

1. ¿Qué palabras no comprendes del texto?
2. ¿De qué crees que hable el texto?
3. Describe con tus propias palabras los siguientes personajes: madre e hijo
4. Resume el texto en 4 oraciones.
5. ¿Por qué crees que el autor hace énfasis en describir los entornos del lugar?

EL DON JUAN



Esta no se me escapa: no se me escapa, aunque se opongan a mi triunfo todas las potencias infernales», dije yo siguiéndola a algunos pasos de distancia, sin apartar de ella los ojos, sin cuidarme de su acompañante, sin pensar en los peligros que aquella aventura ofrecía.

¡Cuánto me acuerdo de ella! Era alta, rubia, esbelta, de grandes y expresivos ojos, de majestuoso y agraciado andar, de celestial y picaresca sonrisa. Su nariz, terminada en una hermosa línea levemente encorvada, daba a su rostro una expresión de desdeñosa altivez, capaz de esclavizar medio mundo. Su respiración era ardiente y fatigada, marcando con acompasadas depresiones y expansiones voluptuosas el movimiento de la máquina sentimental, que andaba con una fuerza de caballos de buena raza inglesa. Su mirada no era definible; de sus ojos, medio cerrados por el sopor normal que la irradiación calurosa de su propia tez le producía, salían furtivos rayos, destellos perdidos que quemaban mi alma. Pero mi alma quería quemarse, y no cesaba de revolotear como imprudente mariposa en torno a aquella luz. Sus labios eran coral finísimo; su cuello, primoroso alabastro; sus manos, mármol delicado y flexible; sus cabellos, doradas hebras que las del mismo sol escurecían. En el hemisferio meridional de su rostro, a algunos grados del meridiano de su nariz y casi a la misma latitud que la boca, tenía un lunar, adornado de algunos sedosos cabellos que, agitados por el viento, se mecían como frondoso cañaveral. Su pie era tan bello, que los adoquines parecían convertirse en flores cuando ella pasaba; de los movimientos de sus brazos, de las oscilaciones de su busto, del encantador vaivén de su cabeza, ¿qué puedo decir? Su cuerpo era el centro de una infinidad de irradiaciones eléctricas, suficientes para dar alimento para un año al cable submarino.

No había oído su voz; de repente la oí.¹⁰ ❖

¹⁰Benito Pérez Galdós, El Don Juan, (En línea) <https://www.textos.info/benito-perez-galdos/el-don-juan/descargar-pdf>. Fecha de última actualización, 26 de septiembre de 2016, fecha de consulta, 24 de febrero de 2020

CUESTIONARIO

1. ¿Cómo describirías al personaje del autor?
2. ¿Qué palabras son nuevas para ti?
3. ¿Cómo describirías en una oración el texto?
4. ¿A qué acompañante crees que se refiera el autor?
5. ¿Para ti, qué es ser un Don Juan?

Ray Bradbury



Biografía

Nació el 22 de agosto de 1920 en Estados Unidos. Falleció a la edad de 91 años el 6 de junio de 2012 en los Ángeles, California.

Es un reconocido escritor americano por sus obras basadas en los géneros literarios de ciencia ficción, terror y fantasía. Es considerado como uno de los grandes maestros de la literatura fantástica del siglo XX.

Nació de una familia humilde, por lo que no pudo realizar sus estudios universitarios. A pesar de ello, su formación fue de manera autodidacta a base de bibliotecas públicas.

Su obra más destacada es “Fahrenheit 451”m detonó su éxito como escritor, por el cual recibió el premio Retro Hugo a la mejor novela de 1953. De igual manera realizó diferentes obras destacadas, tales como *El hombre ilustrado*, *El carnaval de las tinieblas*, *El ruido de un trueno*, sus antologías *Dark Carnival* y *Crónicas marcianas*.¹¹ ❖



¹¹ Red social de literatura: comunidad de lectores y comentarios de libros, *Biografía de Ray Bradbury*, (En línea) <http://www.lecturalia.com/autor/884/ray-bradbury>. Fecha de última actualización 2020, fecha de consulta, 22 de enero de 2020)

EL DRAGÓN



La noche soplaba en el escaso pasto del páramo. No había ningún otro movimiento. Desde hacía años, en el casco del cielo, inmenso y tenebroso, no volaba ningún pájaro. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, sólo la noche temblaba en el alma de los dos hombres, encorvados en el desierto, junto a la hoguera solitaria; la oscuridad les latía calladamente en las venas, les golpeaba silenciosamente en las muñecas y en las sienes.

Las luces del fuego subían y bajaban por los rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espiaba la respiración débil y fría, al igual que los parpadeos de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

-¡No, idiota, nos delatarás!

-¡Qué importa! -dijo el otro hombre-.

El dragón puede olerlos a kilómetros de distancia. Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

-Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos...

-¿Por qué? ¿Por qué? ¡El dragón nunca entra en el pueblo!

-¡Cállate, tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

-¡Que se los devore y que nos deje llegar a casa!

-¡Espera, escucha!

Los dos hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo tiempo, pero sólo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tamboriles de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.

-Ah... -el segundo hombre suspiró-. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el sol; es de noche. Y entonces, ¡oh, Dios,

escucha! Dicen que este dragón tiene ojos de fuego y un aliento de gas blanquecino; se le ve arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, quemando el pasto. Las ovejas aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y vuelven al polvo. Las víctimas, a la salida del sol, aparecen dispersas aquí y allá, sobre los cerros. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros?

-¡Suficiente, te digo!

-¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en qué año estamos.

-Novecientos años después de navidad.

-No, no -murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados-. En este páramo no hay tiempo, hay sólo eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo habría desaparecido, la gente no habría nacido todavía, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados aún en las rocas, los maderos no cortados aún en los bosques; no preguntes cómo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la comarca del dragón de fuego. ¡Que Dios nos ampare!

-¡Si tienes miedo, ponte tu armadura!

-¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe a dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundado a medias en el coselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

En el extremo de la oscura campiña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo, sopló una ráfaga arrastrando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo. En el corazón del viento nuevo había soles negros y un millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba los huesos como cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre, depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una niebla de la oscuridad; y el sitio no era sitio para el hombre y no había año ni hora, sino sólo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían por detrás

de un cristal verde; el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia anegó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

-Mira... -murmuró el primer hombre-. Oh, mira, allá.

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido: el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron los caballos en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta y el dragón, rugiendo, se acercó y se acercó todavía más. La deslumbrante mirilla amarilla apareció de pronto en lo alto de un cerro y, en seguida, desplegando un cuerpo oscuro, lejano, impreciso, pasó por encima del cerro y se hundió en un valle.

-¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

-¡Pasará por aquí!

Los guanteletes empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballos.

-¡Señor!

-Sí; invoquemos su nombre.

En ese instante, el dragón rodeó un cerro. El monstruoso ojo ambirino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con destellos y resplandores bermejos. Hubo un terrible alarido quejumbroso y, con ímpetu demoledor, la bestia prosiguió su carrera.

-¡Dios misericordioso!

La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado y el hombre voló por el aire. El dragón se le abalanzó, lo derribó, lo aplastó y el monstruo negro lanzó al otro jinete a unos treinta metros de distancia, contra la pared de una roca. Gimiendo, gimiendo siempre, el dragón pasó, vociferando, todo fuego alrededor y debajo: un sol rosado, amarillo, naranja, con plumones suaves de humo enneguecedor.

-¿Viste? -gritó una voz-. ¿No te lo había dicho?

-¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Lo atropellamos!

-¿Vas a detenerte?

-Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me pone la carne de gallina. No sé qué siento.
-Pero atropellamos algo.

El tren silbó un buen rato; el hombre no se movió.
Una ráfaga de humo dividió la niebla.
-Llegaremos a Stokel a horario. Más carbón, ¿eh, Fred?

Un nuevo silbido, que desprendió el rocío del cielo desierto.
El tren nocturno, de fuego y furia, entró en un barranco, trepó por una ladera y se perdió a lo lejos sobre la tierra helada, hacia el norte, desapareciendo para siempre y dejando un humo negro y un vapor que pocos minutos después se disolvieron en el aire quieto.¹² ❖

¹² Ray Bradbury, *Dragón*, (En línea) <https://ciudadseva.com/texto/dragon/>. Fecha de última actualización, 22 de enero de 2020, fecha de consulta, 22 de enero de 2020.

CUESTIONARIO

1. ¿Por qué crees que acabo así el cuento?
2. ¿Cuál es la idea principal del cuento?
3. ¿Por qué crees que los hombres intentaron llegar con el dragón?
4. ¿Crees que exista una conexión entre el dragón y el tren nocturno?
Si lo crees explica porqué
5. ¿Hay una palabra en el texto que no conoces?, escribe abajo su significado

LA MAÑANA VERDE



Cuando el sol se puso, el hombre se acucilló junto al sendero y preparó una cena frugal y escuchó el crepitar de las llamas mientras se llevaba la comida a la boca y masticaba con aire pensativo. Había sido un día no muy distinto de otros treinta, con muchos hoyos cuidadosamente cavados en las horas del alba, semillas echadas en los hoyos, y agua traída de los brillantes canales. Ahora, con un cansancio de hierro en el cuerpo delgado, yacía de espaldas y observaba cómo el color del cielo pasaba de una oscuridad a otra.

Se llamaba Benjamín Driscoll, tenía treinta y un años, y quería que Marte creciera verde y alto con árboles y follajes, produciendo aire, mucho aire, aire que aumentaría en cada temporada. Los árboles refrescarían las ciudades abrasadas por el verano, los árboles pararían los vientos del invierno. Un árbol podía hacer muchas cosas: dar color, dar sombra, fruta o convertirse en paraíso para los niños; un universo aéreo de escalas y columpios, una arquitectura de alimento y de placer, eso era un árbol. Pero los árboles, ante todo, destilaban un aire helado para los pulmones y un gentil susurro para los oídos, cuando uno está acostado de noche en lechos de nieve y el sonido invita dulcemente a dormir.

Benjamín Driscoll escuchaba cómo la tierra oscura se recogía en sí misma, en espera del sol y las lluvias que aún no habían llegado. Acercaba la oreja al suelo y escuchaba a lo lejos las pisadas de los años e imaginaba los verdes brotes de las semillas sembradas ese día; los brotes buscaban apoyo en el cielo, y echaban rama tras rama hasta que Marte era un bosque vespertino, un huerto brillante.

En las primeras horas de la mañana, cuando el pálido sol se elevase débilmente entre las apretadas colinas, Benjamín Driscoll se levantaría y acabaría en unos pocos minutos con un desayuno ahumado, aplastaría

las cenizas de la hoguera y empezaría a trabajar con los sacos a la espalda, probando, cavando, sembrando semillas y bulbos, apisonando levemente la tierra, regando, siguiendo adelante, silbando, mirando el cielo claro cada vez más brillante a medida que pasaba la mañana.

-Necesitas aire -le dijo al fuego nocturno.

El fuego era un rubicundo y vivaz compañero que respondía con un chasquido, y en la noche helada dormía allí cerca, entornando los ojos, sonrosado, soñolientos y tibios.

-Todos necesitamos aire. Hay aire enrarecido aquí en Marte. Se cansa uno tan pronto... Es como vivir en la cima de los Andes. Uno aspira y no consigue nada. No satisface.

Se palpó la caja del tórax. En treinta días, cómo había crecido. Para que entrara más aire había que desarrollar los pulmones o plantar más árboles.

-Para eso estoy aquí -se dijo. El fuego le respondió con un chasquido-. En las escuelas nos contaban la historia de Juanito Semillasdemanzana, que anduvo por Estados Unidos plantando semillas de manzanos. Bueno, pues yo hago más. Yo planto robles, olmos, arces y toda clase de árboles; álamos, cedros y castaños. No pienso sólo en alimentar el estómago con fruta, fabrico aire para los pulmones. Cuando estos árboles crezcan algunos de estos años, ¡cuánto oxígeno darán!

Recordó su llegada a Marte. Como otros mil paseó los ojos por la apacible mañana y se dijo:

-¿Qué haré yo en este mundo? ¿Habrá trabajo para mí?

Luego se había desmayado. Volvió en sí, tosiendo. Alguien le apretaba contra la nariz un frasco de amoníaco.

-Se sentirá bien en seguida -dijo el médico.

-¿Qué me ha pasado?

-El aire enrarecido. Algunos no pueden adaptarse. Me parece que tendrá que volver a la Tierra.

-¡No!

Se sentó y casi inmediatamente se le oscurecieron los ojos y Marte giró dos veces debajo de él. Respiró con fuerza y obligó a los pulmones a que bebieran en el profundo vacío.

-Ya me estoy acostumbrando. ¡Tengo que quedarme!

Lo dejaron allí, acostado, boqueando horriblemente, como un pez. «Aire, aire, aire -pensaba-. Me mandan de vuelta a causa del aire.» Y volvió la cabeza hacia los campos y colinas marcianos, y cuando se le aclararon

los ojos vio en seguida que no había árboles, ningún árbol, ni cerca ni lejos. Era una tierra desnuda, negra, desolada, sin ni siquiera hierbas. Aire, pensó, mientras una sustancia enrarecida le silbaba en la nariz. Aire, aire. Y en la cima de las colinas, en la sombra de las laderas y aun a orillas de los arroyos, ni un árbol, ni una solitaria brizna de hierba. ¡Por supuesto! Sintió que la respuesta no le venía del cerebro, sino de los pulmones y la garganta. Y el pensamiento fue como una repentina ráfaga de oxígeno puro, y lo puso de pie. Hierba y árboles. Se miró las manos, el dorso, las palmas. Sembraría hierba y árboles. Ésa sería su tarea, luchar contra la cosa que le impedía quedarse en Marte. Libraría una privada guerra hortícola contra Marte. Ahí estaba el viejo suelo, y las plantas que habían crecido en él eran tan antiguas que al fin habían desaparecido. Pero ¿y si trajera nuevas especies? Árboles terrestres, grandes mimosas, sauces llorones, magnolias, majestuosos eucaliptos. ¿Qué ocurriría entonces? Quién sabe qué riqueza mineral no ocultaba el suelo, y que no asomaba a la superficie porque los helechos, las flores, los arbustos y los árboles viejos habían muerto de cansancio.

-¡Permítanme levantarme! -gritó-. ¡Quiero ver al coordinador! Habló con el coordinador de cosas que crecían y eran verdes, toda una mañana. Pasarían meses, o años, antes de que se organizaran las plantaciones. Hasta ahora, los alimentos se traían congelados desde la Tierra, en carámbanos volantes, y unos pocos jardines públicos verdeaban en instalaciones hidropónicas.

-Entretanto, ésta será su tarea -dijo el coordinador-. Le entregaremos todas nuestras semillas; no son muchas. No sobra espacio en los cohetes por ahora. Además, estas primeras ciudades son colectividades mineras, y me temo que sus plantaciones no contarán con muchas simpatías.

-¿Pero me dejarán trabajar?

Lo dejaron. En una simple motocicleta, con la caja llena de semillas y retoños, llegó a este valle solitario, y echó pie a tierra.

Eso había ocurrido hacía treinta días, y nunca había mirado atrás. Miren atrás hubiera sido descorazonarse para siempre. El tiempo era excesivamente seco, parecía poco probable que las semillas hubiesen germinado. Quizá toda su campaña, esas cuatro semanas en que había cavado encorvado sobre la tierra, estaba perdida. Clavaba los ojos adelante, avanzando poco a poco por el inmenso valle soleado, alejándose de la primera ciudad, aguardando la llegada de las lluvias.

Mientras se cubría los hombros con la manta, vio que las nubes se acumulaban sobre las montañas secas. Todo en Marte era tan imprevisible como el curso del tiempo. Sintió alrededor las calcinadas colinas, que la escarcha de la noche iban empapando, y pensó en la tierra del valle, negra como la tinta, tan negra y lustrosa que parecía arrastrarse y vivir en el hueco de la mano, una tierra fecunda en donde podrían brotar unas habas de larguísimos tallos, de donde caerían quizás unos gigantes de voz enorme, dándose unos golpes que le sacudirían los huesos.

El fuego tembló sobre las cenizas soñolientas. El distante rodar de un carro estremeció el aire tranquilo. Un trueno. Y en seguida un olor a agua.

Esta noche -pensó. Y extendió la mano para sentir la lluvia-. Esta noche. Lo despertó un golpe muy leve en la frente.

El agua le corrió por la nariz hasta los labios. Una gota le cayó en un ojo, nublándolo. Otra le estalló en la barbilla.

La lluvia.

Fresca, dulce y tranquila, caía desde lo alto del cielo como un elíxir mágico que sabía a encantamientos, estrellas y aire, arrastraba un polvo de especias, y se le movía en la lengua como raro jerez liviano.

Se incorporó. Dejó caer la manta y la camisa azul. La lluvia arreciaba en gotas más sólidas. Un animal invisible danzó sobre el fuego y lo pisoteó hasta convertirlo en un humo airado. Caía la lluvia. La gran tapa negra del cielo se dividió en seis trozos de azul pulverizado, como un agrietado y maravilloso esmalte, y se precipitó a tierra. Diez mil millones de diamantes titubearon un momento y la descarga eléctrica se adelantó a fotografiarlos. Luego oscuridad y agua.

Calado hasta los huesos, Benjamín Driscoll se reía y se reía mientras el agua le golpeaba los párpados. Aplaudió, y se incorporó, y dio una vuelta por el pequeño campamento, y era la una de la mañana.

Llovió sin cesar durante dos horas. Luego aparecieron las estrellas, recién lavadas y más brillantes que nunca.

El señor Benjamín Driscoll sacó una muda de ropa de una bolsa de celofán, se cambió, y se durmió con una sonrisa en los labios.

El sol asomó lentamente entre las colinas. Se extendió pacíficamente sobre la tierra y despertó al señor Driscoll. No se levantó en seguida. Había esperado ese momento durante todo un interminable y caluroso

mes de trabajo, y ahora al fin se incorporó y miró hacia atrás. Era una mañana verde.

Los árboles se erguían contra el cielo, uno tras otro, hasta el horizonte. No un árbol, ni dos, ni una docena, sino todos los que había plantado en semillas y retoños. Y no árboles pequeños, no, ni brotes tiernos, sino árboles grandes, enormes y altos como diez hombres, verdes y verdes, vigorosos y redondos y macizos, árboles de resplandecientes hojas metálicas, árboles susurrantes, árboles alineados sobre las colinas, limoneros, tilos, pinos, mimosas, robles, olmos, álamos, cerezos, arces, fresnos, manzanos, naranjos, eucaliptos, estimulados por la lluvia tumultuosa, alimentados por el suelo mágico y extraño, árboles que ante sus propios ojos echaban nuevas ramas, nuevos brotes.

-¡Imposible! -exclamó el señor Driscoll.
Pero el valle y la mañana eran verdes.
¿Y el aire?

De todas partes, como una corriente móvil, como un río de las montañas, llegaba el aire nuevo, el oxígeno que brotaba de los árboles verdes. Se podía ver brillando en las alturas, en oleadas de cristal. El oxígeno, fresco, puro y verde, el oxígeno frío que transformaba el valle en un delta frondoso. Un instante después las puertas de las casas se abrían de par en par y la gente se precipitaría en el milagro nuevo del oxígeno, aspirándolo en bocanadas, con mejillas rojas, narices frías, pulmones revividos, corazones agitados, y cuerpos rendidos animados ahora en pasos de baile.

Benjamín Driscoll aspiró profundamente una bocanada de aire verde y húmedo, y se desmayó.

Antes de que despertara de nuevo, otros cinco mil árboles habían subido hacia el sol amarillo.¹³ ❖

¹³ *Idém*

CUESTIONARIO

1. ¿Qué crees que le haya pasado a Benjamín Driscoll?
2. ¿Cuál es la idea principal del cuento?
3. ¿Qué harías si estuvieras en lo que representa de Marte en este cuento?
4. ¿Qué crees que representa esta idea de Marte para Benjamín Driscoll?
5. ¿Qué crees que representa el fuego nocturno en el cuento?

CUENTO DE NAVIDAD



El día siguiente sería Navidad y, mientras los tres se dirigían a la estación de naves espaciales, el padre y la madre estaban preocupados. Era el primer vuelo que el niño realizaría por el espacio, su primer viaje en cohete, y deseaban que fuera lo más agradable posible. Cuando en la aduana los obligaron a dejar el regalo porque excedía el peso máximo por pocas onzas, al igual que el arbolito con sus hermosas velas blancas, sintieron que les quitaban algo muy importante para celebrar esa fiesta. El niño esperaba a sus padres en la terminal. Cuando estos llegaron, murmuraban algo contra los oficiales interplanetarios.

-¿Qué haremos?

-Nada, ¿qué podemos hacer?

-¡Al niño le hacía tanta ilusión el árbol!

La sirena aulló, y los pasajeros fueron hacia el cohete de Marte. La madre y el padre fueron los últimos en entrar. El niño iba entre ellos, pálido y silencioso.

-Ya se me ocurrirá algo -dijo el padre.

-¿Qué...? -preguntó el niño.

El cohete despegó y se lanzó hacia arriba al espacio oscuro. Lanzó una estela de fuego y dejó atrás la Tierra, un 24 de diciembre de 2052, para dirigirse a un lugar donde no había tiempo, donde no había meses, ni años, ni horas. Los pasajeros durmieron durante el resto del primer "día". Cerca de medianoche, hora terráquea según sus relojes neoyorquinos, el niño despertó y dijo:

-Quiero mirar por el ojo de buey.

-Todavía no -dijo el padre-. Más tarde.

-Quiero ver dónde estamos y a dónde vamos.

-Espera un poco -dijo el padre.

El padre había estado despierto, volviéndose a un lado y a otro, pensando en la fiesta de Navidad, en los regalos y en el árbol con sus velas blancas que había tenido que dejar en la aduana. Al fin creyó haber encontrado una idea que, si daba resultado, haría que el viaje fuera feliz y maravilloso.

-Hijo mío -dijo-, dentro de media hora será Navidad.

-Oh -dijo la madre, consternada; había esperado que de algún modo el niño lo olvidaría. El rostro del pequeño se iluminó; le temblaron los labios.

-Sí, ya lo sé. ¿Tendré un regalo? ¿Tendré un árbol? Me lo prometieron.

-Sí, sí. Todo eso y mucho más -dijo el padre.

-Pero... -empezó a decir la madre.

-Sí -dijo el padre-. Sí, de veras. Todo eso y más, mucho más. Perdón, un momento. Vuelvo pronto.

Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

-Ya es casi la hora.

-¿Me prestas tu reloj? -preguntó el niño.

El padre le prestó su reloj. El niño lo sostuvo entre los dedos mientras el resto de la hora se extinguía en el fuego, el silencio y el imperceptible movimiento del cohete.

-¡Navidad! ¡Ya es Navidad! ¿Dónde está mi regalo?

-Ven, vamos a verlo -dijo el padre, y tomó al niño de la mano.

Salieron de la cabina, cruzaron el pasillo y subieron por una rampa. La madre los seguía.

-No entiendo.

-Ya lo entenderás -dijo el padre-. Hemos llegado.

Se detuvieron frente a una puerta cerrada que daba a una cabina. El padre llamó tres veces y luego dos, empleando un código. La puerta se abrió, llegó luz desde la cabina, y se oyó un murmullo de voces.

-Entra, hijo.

-Está oscuro.

-No tengas miedo, te llevaré de la mano. Entra, mamá.

Entraron en el cuarto y la puerta se cerró; el cuarto realmente estaba muy oscuro. Ante ellos se abría un inmenso ojo de vidrio, el ojo de buey, una ventana de metro y medio de alto por dos de ancho, por la cual podían ver el espacio. El niño se quedó sin aliento, maravillado. Detrás, el padre y la madre contemplaron el espectáculo, y entonces, en

la oscuridad del cuarto, varias personas se pusieron a cantar.

-Feliz Navidad, hijo -dijo el padre.

Resonaron los viejos y familiares villancicos; el niño avanzó lentamente y aplastó la nariz contra el frío vidrio del ojo de buey. Y allí se quedó largo rato, simplemente mirando el espacio, la noche profunda y el resplandor, el resplandor de cien mil millones de maravillosas velas blancas. ¹⁴ ❖

¹⁴ *Idém*

CUESTIONARIO

1. ¿Cuál fue el deseo del niño?
2. ¿Por qué razón estuvieron preocupados los padres en el viaje al espacio?
3. ¿Por qué crees que les detuvieron en la aduana sus cosas?
4. Haz un resumen
5. ¿En el texto existen palabras que no hayas entendido?

Mario Gianluigi Puzo



Biografía

Nació un 15 de octubre de 1920 en Manhattan, Nueva York, en el seno de una familia de ascendencia italiana. Fue un escritor y guionista, su narrativa se centró en historias de la mafia y el crimen, especialmente reconocido por su novela *El padrino*.

Además de escribir obras literarias, Mario Puzo trabajó como periodista ejerciendo crítica literaria en distintas publicaciones, como en la revista RedBook, en el periódico New York Times y Book World.

Participó en adaptaciones cinematográficas que tuvieron éxito gracias a la gran obra maestra *El padrino*; logrando así ganar dos Premios Oscar por “*El Padrino*” (1972) y “*El Padrino II*” (1974), dirigidos por Francis Ford Coppola.

Después del éxito de la obra *El padrino*, Mario Puzo se dedicó a escribir novelas como *Los Tontos Mueren* (1975); *El Siciliano* (1984), libro que posteriormente fue llevado al cine por Michael Cimino.¹⁵



¹⁵ El Heraldó Dominical, Mario Puzo, *el “padrino”* de la novela criminal, (En línea) <https://www.elheraldo.co/el-dominical/mario-puzo-el-padrino-de-la-novela-criminal-647967>. Fecha de última actualización, 7 de julio de 2019, fecha de consulta, 22 de febrero de 2020.

LOS TONTOS MUEREN



Jordan Hawley apostó en cada uno de los dos pequeños círculos, jugando a dos manos. El tallador recogió las cartas y Jordan siguió su camino. Tenía los bolsillos especiales con cremallera llenos de fichas, en su chaqueta deportiva Sy Devore de diseño especial Las Vegas Ganador. Las ganancias de Jordan estaban seguras, nadie había llenado los bolsillos de la chaqueta Las Vegas Ganador como lo hizo Jordan.

En el casino iluminado y reflejado con luz neón. Jordan salió de la luz para dirigirse hacia la penumbra del bar y sentado junto a una mesa, actuó como espectador al mirar el casino iluminado, contemplando a los jugadores.

Jordan encontró otra chaqueta Las Vegas Ganador que se acercaba hacia el casino, cruzando el recinto. Era Merlyn el Niño, salió del iluminado escenario del salón del casino y se sentó. Los bolsos de cremallera de Merlyn no abultaban, y tampoco llevaba ninguna ficha en las manos. Ahí se quedaron los dos sentados sin hablar. Merlyn parecía un poco robusto con su chaqueta azul y púrpura. Era más joven que Jordan, como por unos diez años, y tenía el pelo negro. Aparentaba ser más animoso frente a la inminente batalla contra el destino, la noche de juego.

Luego, por el sector de bacarrá del fondo, vieron cruzar la elegante baranda gris y avanzar hacia ellos a Cully Cross y a Diane. Cully vestía igual una chaqueta Las Vegas Ganador. Diane por lo contrario, llevaba un vestido blanco de verán muy escotado y fresco para su jornada de trabajo. Merlyn les hizo señas y cruzaron entre las mesas del casino sin vacilar. Cuando se sentaron, Jordan pidió bebida. Todos le miraron con curiosidad y no sabía por qué le miraban de aquel modo extraño cuando pagó las bebidas y dio de propina a la camarera una ficha roja de cinco dólares.

Jordan llevaba tres semanas en Las Vegas y en esas semanas sufrió grandes cambios. Había perdido ocho kilos. Tenía el pelo pajizo más largo, más claro; la piel había adquirido un tono grisáceo. Parecía agotado, aunque él no lo sentía.

En esas tres semanas, conoció tres personas que consideró sus mejores amigos en el mundo. Quien más le agradaba era el Niño Merlyn. Merlyn se ufanaba de ser un jugador impasible. Procuraba no mostrar jamás emoción, perdiese o ganase, y solía lograrlo. Salvo que una racha de pérdidas excepcionalmente mala le diese aquel aire de sorprendido desconcierto que tanto le divertía a Jordan.

Merlyn el Niño nunca hablaba mucho. Se limitaba a observar a todo el mundo. Jordán sabía que Merlyn el Niño estaba pendiente de todo lo que hacía él, que intentaba entenderle. Lo que también divertía a Jordan. Tenía engañado al Niño. El Niño buscaba cosas complicadas y nunca aceptaba que él, Jordan, fuese exactamente lo que ofrecía al mundo. Pero a Jordan le gustaba estar con él y con los otros. Aliviaban su soledad. Y como Merlyn parecía más apasionado en el juego, Cully le había puesto el Niño.

Por otra parte, Cully era el más joven, solo tenía veintinueve años, pero, curiosamente, parecía el jefe del grupo. Se habían conocido hacía tres semanas, allí en Las Vegas, en aquel casino, y solo una cosa tenían en común: ser jugadores degenerados.

Jordan sabía que los demás, Cully, Cross y Diane, sentían también curiosidad respecto a él, pero no le importaba. Ninguno de ellos despertaba en él, por otra parte, gran curiosidad. El Niño parecía joven y demasiado inteligente para ser un jugador degenerado, pero Jordan no intentaba nunca desentrañar por qué. En realidad, no le interesaba lo más mínimo.

Cully no tenía nada de asombroso ni extraño. Era el clásico jugador degenerado con habilidades. Era capaz de hacer un conteo hacía atrás de las cartas de un “zapato” de cuatro barajas de veintiuno. Era un especialista en todos los porcentajes del juego.

Jordan era un jugador frío y abstraído mientras que el Niño era un jugador apasionado y Cully un profesional. Pero Jordan estaba ahora

entre los de su clase. Un jugador degenerado. Es decir, un hombre que jugaba simplemente por jugar y que debe perder. Lo mismo que un héroe que va a la guerra debe morir.

Estaban todos a punto de agotar sus fondos. Tendrían que irse pronto, salvo quizá Cully. Cully era en parte un gancho y espía. Intentaba siempre trabajarse a alguien para conseguir ventajas en los casinos. A veces, conseguía que un tallador de veintiuno fuese a medias con él contra la caja, un juego peligroso.

La chica, Diane, era en realidad una marginada. Trabajaba como señuelo de la casa y hacía un descanso de su mesa de bacarrá. Con ellos, porque ellos eran los tres únicos hombres de Las Vegas que se preocupaban por ella.

Hacía de señuelo o gancho, jugaba con dinero del casino, perdía y ganaba dinero del casino. No estaba sometida al destino sino al salario semanal fijo que el casino le pagaba. Su presencia era necesaria en la mesa de bacarrá solo en horas de poco público, porque los jugadores se apartan de una mesa vacía. Diane vestía por lo general provocativamente. Tenía un largo pelo negro azabache que utilizaba como látigo, una boca plena y sensual y un cuerpo de largas piernas casi perfecto.

El jefe del sector de bacarrá daba su número de teléfono a los jugadores importantes. A veces el jefe o un ayudante le susurraban que a uno de los jugadores le gustaría verla en su habitación. Podía negarse, pero tenía que utilizar con mucho cuidado ese poder. El jefe le daba un vale especial de cincuenta o cien dólares que ella podía hacer efectivo en la caja del casino. Le resultaba insoportable hacerlo. Así que solía pagarle cinco dólares a una de las otras chicas que hacían de señuelo de la casa para que se lo hiciera efectivo. En cuanto Cully se enteró de esto, se hizo amigo de ella. Le gustaban las mujeres blandas, podía manipularlas.

Jordan, con una seña a la camarera, pidió otra ronda. Se sentía relajado. Ser tan afortunado y a hora temprana del día le hacía sentirse virtuoso. Y notaba además un sentimiento de camaradería hacia Cully y Merlyn.

Desayunaban juntos con frecuencia. Y siempre tomaban algo al final de la tarde, antes de empezar su gran jornada de juego que destruiría la noche. A veces tomaban algo a medianoche para celebrar una victoria,

y lo pagaba el afortunado, que debía comprar además billetes de lotería para todos. Las tres últimas semanas se habían hecho amigos, aunque no tuviesen nada en común y su amistad muriese con su ansia de juego. Pero de momento, aferrados aún a ella, sentían todos, un extraño afecto mutuo.

Un día de ganancias, Merlyn les había llevado a la sastrería del hotel y les había comprado las chaquetas Las Vegas Ganador azul carmesí. Aquel día los tres habían ganado, y desde entonces llevaban siempre, supersticiosamente, aquellas chaquetas.

Jordan había conocido a Diane la noche en que sufrió esta la humillación más profunda, la misma noche en que conoció a Merlyn. Al día siguiente de conocerla, la había invitado al café, y habían hablado, pero él no había prestado atención a lo que decía ella. Diane se percató de su falta de interés y se enfadó. No hubo, en consecuencia, ninguna continuación. Lo lamentó aquella noche solo en su habitación e incapaz de dormir. Tan incapaz de dormir como todas las noches.¹⁶ ❖

¹⁶ Mario Puzo, *Los tontos mueren*, España, Penguin Ramdoom House, 1997, pp. 10-24.

CUESTIONARIO

1. Dentro del texto ¿Cómo asociarías la parte cuando menciona que un héroe que va a la guerra debe morir con el apartado: un hombre que juega debe perder?
2. ¿Cuál es el mensaje principal?
3. ¿Cuál crees que era la intención de Jordán con sus tres mejores amigos?
4. ¿Cómo crees que era la situación socioeconómica de Merlyn y como piensas que sería después?
5. Realiza un resumen

OMERTÁ



La gran incursión del FBI en los años noventa en las familias de la Mafia de Nueva York sólo dejó a dos supervivientes. Don Raymonde Aprile, el más destacado y el más temido, se mantuvo intacto. El otro superviviente, Don Timmona Portella, que casi igualaba su poder, aunque era un hombre muy inferior a él, escapó al parecer por pura casualidad.

Sin embargo, el futuro estaba claro. Con aquellas leyes tan antidemocráticamente redactadas y el celo de los equipos especiales de investigación del FBI, y con el declive de la tradicional creencia en la omertá entre los soldados de la mafia norteamericana, Don Raymonde Aprile sabía que ya había llegado el momento de abandonar discretamente el escenario.

El Don había gobernado su Familia durante treinta años y ahora ya se había convertido en una leyenda. El hecho de haberse criado en Sicilia lo había salvado de las ideas erróneas y la presuntuosa arrogancia de los jefes mafiosos norteamericanos. En realidad, era una encarnación de los antiguos sicilianos del siglo XIX que gobernaban ciudades y aldeas, su sentido del honor y su implacable y definitivo juicio sobre cualquier persona sospechosa de ser su enemiga. Por si fuera poco, había demostrado poseer tanta habilidad estratégica como aquellos antiguos héroes.

Ahora, a sus sesenta y dos años, su vida estaba en orden. Había acabado con sus enemigos y había cumplido con sus obligaciones de padre y amigo. Podía disfrutar de la vejez con la conciencia tranquila, apartarse de las discordias de su mundo y pasar a interpretar el más digno papel de caballero banquero y puntal de la sociedad. Sus tres hijos ya estaban cómodamente situados en provechosas y honradas profesiones. El mayor, Valerius, de cuarenta años, casado y con hijos, era coronel del Ejército de Estados Unidos e impartía clases en la Academia Militar de West Point.

Para corregir la infantil timidez de su personalidad, el Don había decidido que ingresara como cadete en West Point. Su segundo hijo fue, Marcantonio; a la temprana edad de treinta y ocho años era, un alto ejecutivo de una cadena nacional de televisión. Había sido un niño reservado, encerrado en un mundo ficticio, y el Don siempre pensó que fracasaría en cualquier proyecto serio que emprendiera. No obstante, ahora su nombre aparecía a menudo en los periódicos como un sensato intelectual, cosa que complacía al Don, pero no lo convencía. A fin de cuentas, él era el padre del chico.

Su hija Nicole, llamada cariñosamente Nikki en su infancia, a los seis años había exigido que la llamaran por su nombre completo. Era su vástago preferido. A los treinta y dos años, trabajaba como abogada especialista en derecho mercantil, era una feminista convencida y defendía gratuitamente a los delincuentes pobres y desesperados que, de alguna manera, ellos no habrían podido contar con una defensa apropiada. Ella estaba especializada en salvar a los asesinos de la silla eléctrica, a los maridos asesinos de la cárcel y a los violadores compulsivos de la cadena perpetua. Se oponía completamente a la pena de muerte, creía en la rehabilitación de todos los delincuentes y criticaba con dureza la estructura económica de Estados Unidos. Creía que un país tan rico no tendría que haberse mostrado tan indiferente ante los pobres, cualesquiera que fuesen los defectos que tuvieran. A pesar de todo ello era una hábil y dura profesional y una mujer de sorprendente fuerza. El Don estaba en desacuerdo de lo que hacía ella en todo.

Astorre, por su parte, era un miembro más de la familia y, en su calidad de sobrino de nombre, el que mantenía una relación más estrecha con el Don. Sin embargo, por su enorme vitalidad y encanto, los demás lo consideraban como un hermano. Desde los tres años hasta los dieciséis, es decir, hasta el exilio del Don a Sicilia once años atrás, cuando éste lo había llamado de nuevo a su lado, para ellos había sido su queridísimo hermano menor.

El Don planificó cuidadosamente su retiro. Repartió su imperio para aplacar a los posibles enemigos, pero también rindió tributo a sus leales amigos, sabiendo que la gratitud es la virtud menos perdurable y que las dádivas siempre se tienen que multiplicar. El Don puso especial empeño en pacificar a Timmona Portella, el cual era muy peligroso debido a su excentricidad y a su apasionado instinto asesino, que a

veces no guardaba la menor relación con la necesidad.

La forma en que Timmona Portella había escapado de la redada de los años noventa del FBI era un misterio para todos, pues era un Don nacido en Estados Unidos, nada astuto, imprudente, violento y dotado de un carácter explosivo. Tenía un corpachón enorme con una tripa impresionante y vestía como un picciottu¹⁷ de Palermo, de seda y mil colores. Su poder se basaba en la distribución de drogas ilegales. A pesar de sus cincuenta años, jamás se había casado, pero era un mujeriego empedernido. Sólo profesaba un sincero afecto a su hermano menor Bruno, que parecía un poco retrasado, pero compartía su misma brutalidad.

Don Aprile jamás se había fiado de Portella y raras veces hacía negocios con él. A pesar de su aparente debilidad, era un hombre peligroso. Por eso es que lo había mandado llamar para tener una reunión con él.

El hombre se presentó en compañía de su hermano Bruno. Aprile los recibió con su serena cortesía habitual, pero fue directamente al grano. —Mi querido Timmona —dijo—. Voy a retirarme de todos mis negocios menos de mis bancos. Ahora tú estarás muy a la vista del público y conviene que tengas cuidado. Si alguna vez necesitas algún consejo, llámame, porque no me voy a quedar enteramente sin recursos en mi retiro-.

Bruno, una copia a escala reducida de Timmona, impresionado por la fama del Don, esbozó una sonrisa de satisfacción al ver con cuánto respeto trataba éste a su hermano mayor. Pero Timmona conocía mucho mejor al Don. Sabía que le estaba haciendo una advertencia. Asintió respetuosamente ante las palabras del Don. —Usted siempre ha sido el que mejor criterio ha demostrado de entre todos nosotros —dijo—. Y yo respeto lo que hace. Cuente con mi amistad. —Muy bien, muy bien —dijo el Don—. Y ahora, a modo de regalo, te pido que no eches en saco roto esta advertencia. Cilke, ese hombre del FBI, es un tipo astuto. No te fíes de él para nada. Está borracho de éxito y tú serás su próximo blanco. —Pero usted y yo ya hemos escapado de él —dijo Timmona—, aunque derribó a todos nuestros amigos. No le temo, pero le agradezco el consejo. Tomaron un último trago para celebrarlo y después los hermanos Portella se fueron. — ¡Qué gran hombre! —dijo Bruno en el coche. —Sí —dijo Timmona—. Era un gran hombre. Por su parte, el Don estaba plenamente satisfecho. Había visto encenderse un

fulgor de alarma en los ojos de Timmona y estaba seguro de que éste ya no constituiría un peligro para él.

Don Aprile preparó una reunión privada con Kurt Cilke, el jefe del FBI en Nueva York. Para su gran asombro, el Don admiraba a Cilke. Era el que había enviado a la cárcel y había destruido casi todo el poder de la mayoría de los jefes de la Mafia de la Costa Este.

Don Raymonde Aprile se le había escapado, pues conocía la identidad del confidente secreto de Cilke, el que le había proporcionado el éxito. Sin embargo, le admiraba sobre todo porque siempre jugaba limpio, jamás había utilizado pruebas fraudulentas para encausarle con fines coactivos, y nunca había hecho el menor comentario público respecto a sus hijos. Por eso el Don consideraba un deber de justicia hacerle una advertencia.¹⁸ ❖

¹⁷ “Muchacho”, en dialecto siciliano. (*N. de la T.*)

¹⁸ Mario Puzo, *Omertá*, Penguin Random Estados Unidos, House Grupo Editorial, 2000, pp. 23-32.

CUESTIONARIO

- 1.- ¿Para ti cual es el mensaje de esta historia?
- 2.- ¿A qué crees que haga referencia el título del libro?
- 3.- ¿En qué se convierte el joven Astorre?
- 4.- ¿Qué similitudes encuentras entre Don Raymonde Aprile y Astorre?
- 5.- Realiza un resumen.

Referencias

Bedenetti, Mario y Pedro Orgambide, Antología poética. Madrid, Alianza Editorial, 2011.

Bedenetti, Mario, Montevideanos, Montevideo, Arca Ed, 1986

Bedenetti, Mario, Poemas de otros 1973-1974, México, Suma de Letras. 2002.

Benedetti, Mario. Esta es mi casa. (En línea) <https://www.zendalibros.com/los-mejores-poemas-mario-benedetti/>. Fecha de última actualización, 2 de mayo de 2018, fecha de consulta, 3 de marzo de 2020.

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Mario Benedetti, (En línea) http://www.cervantesvirtual.com/portales/mario_benedetti/autor_apunte/ Fecha de última actualización, 16 de marzo de 2020, fecha de consulta, 16 de marzo de 2020.

Bradbury, Ray, Dragón, (En línea) <https://ciudadseva.com/texto/dragon/>. Fecha de última actualización, 22 de enero de 2020, fecha de consulta, 22 de enero de 2020.

El Heraldó Dominical, Mario Puzo, el “padrino” de la novela criminal, (En línea) <https://www.elheraldo.co/el-dominical/mario-puzo-el-padri-no-de-la-novela-criminal-647967>. Fecha de última actualización, 7 de julio de 2019, fecha de consulta, 22 de febrero de 2020.

Fundación Mario Benedetti, Mario Benedetti, (En línea) <http://fundacion-mariobenedetti.uy/mariobenedettibio/>. Fecha de última actualización, 15 de marzo de 2020, fecha de consulta, 15 de marzo de 2020.

Librerías Gandhi, Benito Pérez Galdós, (En línea) <http://mascultura.mx/benito-perez-galdos-vida/>. Fecha de última actualización, 2018, fecha de consulta, 23 de febrero de 2020.

Pérez Galdós, Benito, El Don Juan, (En línea) <https://www.textos.info/benito-perez-galdos/el-don-juan/descargar-pdf>. Fecha de última

actualización, 26 de septiembre de 2016, fecha de consulta, 24 de febrero de 2020.

Pérez Galdós, Benito, Marianela, México, Ediciones leyenda, 1999.

Pérez Galdós, Benito, Rompecabezas, España, Fundación Biblioteca Miguel de Cervantes, 2010.

Puzo, Mario, Los tontos mueren, España, Penguin Random House, 1997.

Puzo, Mario, Omertá, Penguin Random Estados Unidos, House Grupo Editorial, 2000.

Red social de literatura: comunidad de lectores y comentarios de libros, Biografía de Ray Bradbury, (En línea) <http://www.lecturalia.com/autor/884/ray-bradbury>. Fecha de última actualización 2020, fecha de consulta, 22 de enero de 2020)

